

14.ª División

SEMANARIO DEL FRENTE

AÑO I

NUM. 6



¡ ¡ D I N A M I T E R O S ! !

Ayuntamiento de Madrid

CUESTA ARRIBA

¡HIJOS DEL PUEBLO!

El panorama que ante vuestros ojos se presenta tiene la energía, la fibra dura que tienen las almas del pueblo español. El paisaje asiste entusiasmado al paso victorioso de nuestras brigadas y la naturaleza entera, en panteísmo saturado de luz y de color, asiste en las tierras quebradas de la Alcarria a la marcha ascendiente de los que lleváis hasta el horizonte lejano la esperanza de una liberación segura y rotunda.

Caminamos cuesta arriba, subiendo las pendientes descarnadas del sacrificio y del dolor; pero los alientos de los pechos proletarios son más que suficientes para cubrir sin fatiga las más altas cimas del heroísmo. En vuestros pechos anida ese entusiasmo sereno que es la clave de la Victoria, la promesa exacta del triunfo.

No importa que el camino sea áspero y que los abrojos punzantes cubran de oscuro el blanco hiriente de las piedras españolas; no importa que millares de gotas de plomo vuelen dibujando en el aire cargado de la lucha, las siluetas recordadas sobre los horizontes de los luchadores de la libertad. Vosotros sabéis que esas gotas de plomo son mensajeras de dolores presentes, pero que también ellas servirán para levantar en el futuro claro el monumento querido de las libertades plenamente logradas.

La cúspide de la gloria sólo se consigue después de jornadas tensas de esfuerzo; pero la satisfacción del triunfo compensa de todos los dolores anteriores, y en el aire puro y sereno de las alturas se encuentra el bálsamo capaz de cerrar todas las heridas, de borrar todas las cicatrices.

En esas cimas gloriosas está la redención de todos nuestros hermanos de lucha, de todos nuestros compañeros de dolores y de sacrificios. Por nosotros, por ellos, por la vida limpia de nuestros hijos en un futuro de paz y de libertad hay que conquistarlas.

Hay que lanzarse al asalto de los últimos reductos con el ánimo sereno de los triunfadores, con la virtud escueta de los que pusieron en el juego trágico de la guerra su presente y su porvenir, mirando a su pasado preñado de dolores y de injusticias.

¡ Hermanos de lucha! ¡ Cuesta arriba, hacia el final glorioso que en las cumbres nos espera!

¡ Por la Victoria del Pueblo! ¡ Por el triunfo de la Libertad!

El Comisario de la División,
M. VALLE

En cada discusión, en cada diferencia que veas en la retaguardia, soldado del pueblo, no aprecies más, que un nido de deserciones contrarrevolucionarias que es necesario anular.

La mirada, siempre adelante, detrás del cuerpo, no va más que la sombra.

Pasos firmes en el camino de la Victoria final

Cada día que pasa, una nueva victoria; cada jornada, un paso firme hacia adelante por el camino del triunfo final; cada hora, una nueva derrota para las huestas fascistas invasoras de nuestro país. Este es el lema, ésta es la obra de nuestra División gloriosa. Después de la Casa de Campo, después del Pingarrón, después de Brihuega, el avance ininterrumpido por tierras de Guadalajara. Ocho nuevos pueblos se han visto libertados de la barbarie extranjera. Ocho nuevos pueblos han podido, gracias a nuestro esfuerzo, volver a llamarse españoles. No era fácil la empresa. El enemigo sabía—no en balde lo experimentó en su propia carne—cuánto es el heroísmo, la decisión y la audacia de nuestros hombres. Se había fortificado bien; había concentrado buenos elementos de combate. Pero todo fué inútil. Por encima de sus esfuerzos, estuvieron los nuestros. Una vez más vencimos. Una vez más avanzamos. Una vez más vimos cómo los fascistas volvían la espalda, perseguidos por el fuego certero de nuestros cañones, de nuestras ametralladoras y de nuestros fusiles. La 14 División, la División gloriosa del Ejército del Pueblo, supo abrirse paso. Y seguir avanzando, con la vista clavada en el objetivo de Zaragoza.

Nada nos importan a nosotros las querellas de la retaguardia. Mientras allá se pierde un tiempo precioso hablando, nosotros barremos al fascismo. En tanto ellos discuten, nosotros actuamos. Es un ejemplo para todos. Nosotros sabemos que las discusiones serían estériles si no contuviéramos al fascismo. Nosotros peleamos y vencemos, con la seguridad completa de que nuestra victoria será la victoria de la revolución. De una revolución que hoy defendemos contra los ejércitos invasores del capitalismo internacional; que hoy ganamos al precio elevado de nuestra sangre; que ni ahora ni después podrá sernos arrebatada por nada ni por nadie.

Para nosotros hoy no puede haber más que una preocupación: la trinchera. No hay más que un objetivo: los pueblos dominados por el enemigo. No existe más que una sola ilusión: avanzar. Avanzamos, cumpliendo nuestro deber. Destrozamos al enemigo. Vencemos las hordas enviadas por Mola, Franco, Mussolini o Hitler. Realizamos, sin desmayos ni vaci-

laciones, la misión que nos fué encomendada. Igual, exactamente igual, hemos hecho desde el 19 de julio. En peores condiciones que ahora. Sin elementos de combate, sin organización, sin mandos. Ahora tenemos ya todo lo que podemos necesitar. Y ahora los regimientos de la Reichwehr o las divisiones de camisas negras, tienen que conocer frente a nosotros el acre sabor de las derrotas.

No hemos llegado todavía a la gran victoria final anhelada por todos. Aún nos queda mucho camino que recorrer. Todavía hemos de lograr muchas victorias parciales antes de que España se vea libre de invasores extranjeros y de traidores nacionalistas. Pero ante nosotros aparece claro el camino a seguir. Sabemos ya perfectamente qué hemos de hacer para lograr el aplastamiento de nuestros adversarios. Lo estamos haciendo, en fin de cuentas. Lo haremos por completo, pasando por encima de todas las dificultades, venciendo todos los obstáculos, sin contar nunca el número de los compañeros que caigan antes de alcanzar la meta soñada. En el Jarama demostramos que las huestes alemanas no eran invencibles. En la Alcarria, que las divisiones de Mussolini—coco y terror de Europa—no eran capaces de resistir el empuje decidido de los soldados del pueblo. Estamos dispuestos a demostrar lo mismo con cualquier enemigo que se nos enfrente, sea de la nacionalidad que sea. Cuando en el pecho se lleva grabado un ideal, cuando se lucha por la libertad propia y la de nuestros hijos, nada hay imposible ni siquiera difícil. En la 14 División todos peleamos, llevando como norte y guía el anhelo de libertar a España de todas las tiranías y de todas las opresiones. Sabemos que con nuestro esfuerzo contribuimos a forjar un mañana mejor, con un pueblo satisfecho y feliz. Y cuando pensamos en esto, las dificultades se esfuman, las penalidades desaparecen, y marchamos hacia adelante con el corazón henchido de entusiasmo.

Ocho pueblos han sido libertados por nosotros en los últimos días. Otros ocho lo serán no tardando. Nuestra División tiene un lema: avanzar. Avanzamos siempre. Para nosotros se ha borrado del diccionario la palabra retroceder.

D I P T I C O T E M P E S T A D E S

I

ATMOSFERICA

El aire congestiona los pulmones;
se ha trocado el oxígeno en veneno,
y el cielo azul ahora está lleno
de plomizos y densos nubarrones.

La angustia al invadir los corazones,
al rítmico latir sirve de freno,
y horrisono, retumba el ronco trueno,
cual eco de infernales explosiones.

De una nube teñida de escarlata
surge el rayo fugaz, que incendia y mata;
y al surgir, cual por arte de conjuro,
el sol vuelve a brillar majestuoso
devolviendo a las almas el reposo
y al espacio infinito el azul puro.

II

SOCIAL

Resucitan añejas crueldades,
de moda están la cárcel y el tormento,
y el pueblo ve con harto sentimiento,
esfumarse sus caras libertades.

Por los campos, aldeas y ciudades
como pólvora corre el descontento,
pues se pretende ahogar el pensamiento
cual se hacía en pretéritas edades.

El pueblo, aunque indignado sufre y calla,
mas se forma la nube; el trueno estalla;
surca el cielo un zig-zag de llama roja,
y surge audaz el rayo fraticida,
que al herir, ¡oh, sangrienta paradoja!,
a la par que la muerte da la vida.

Mayo

Moisés LOPEZ.

NOTA: publicamos hoy este maravilloso soneto, como homenaje a uno de nuestros viejos camaradas que hoy se cumplen años de su fallecimiento.



ALLENDE PIRINEOS

Delbos ha hablado...

En los periódicos de los días pasados se han reproducido unas palabras de Delbos; palabras que, haciendo alusión a los proyectos presentados por Inglaterra y a su posible fracaso, preveían nuevas soluciones para el conflicto español, o por lo menos, nuevos intentos de solución de este conflicto; es decir: suponemos que se trata de intentar organizar el tinglado internacional para lograr llevar a un término rápido a la guerra que destroza las vidas, la riqueza y las energías del pueblo español.

Y, aún sin conocer a fondo y en todos sus detalles en qué consiste el proyecto inglés, ni tampoco en qué consistirán las soluciones futuras que Delbos proponga a las dos partes contendientes, no hay que ser precisamente un lince para considerar que todas esas proposiciones están destinadas a sufrir el más ruidoso de los fracasos. ¿Por qué? Es bien fácil de comprender en el momento mismo en que se descienda al análisis de cuáles puedan ser las soluciones que se propongan y la orientación de los acuerdos que se pretendan lograr para terminar definitivamente la guerra civil española.

Indudablemente esos proyectos y esas posibles soluciones no pueden tener como base el reconocimiento de la justicia de la causa que el pueblo está defendiendo a costa de su sangre y de su sacrificio. No hay ni siquiera que pensar en que en esos proyectos se rinda justicia íntegra a los deseos de libertad y de paz del pueblo español. Y no hay que pensarlo, porque tampoco es lógicamente pensable que los gobernantes y los países que con su indiferencia y aun con su ayuda han estado fomentando la lucha se hayan arrepentido de sus actitudes anteriores; y es que el arrepentimiento es una palabra que no se conoce en las esferas internacionales, aunque las consecuencias que de las acciones se deriven adquieran las proporciones de

tremendas catástrofes. Ellos, que han obtenido provecho de los sacrificios del pueblo español y que se han gozado en esos provechos materiales que han conseguido a costa de tantos dolores y de tantos sacrificios, no pueden haber trocado su actitud egoísta por otra dispuesta a hacer justicia en toda la amplitud y con toda la altura de miras que esa palabra excelsa encierra entre sus sílabas.

Por todo esto, tras sus buenas palabras, el pueblo español no puede ver más que el deseo de terminar una contienda, pero no por terminarla evitando nuevos sacrificios, sino obteniendo de ese término también nuevas ventajas. Logrando conservar una posición de intervención y de influencia en los destinos del pueblo español, que éste no debe jamás encontrarse dispuesto a tolerar. Y, en último término, siempre de esas proposiciones se derivará indudablemente un término de hostilidades, que ni colmaría los deseos de victoria rotunda y total que anhela y tiene derecho el pueblo español, sino que de esas posibles soluciones se derivaría con toda seguridad un fin de hostilidades de la que, al no resultar ni vencedores ni vencidos, resultaría sin duda alguna un derrotado: el pueblo español, que vería cómo entre papeleos y frases pomposas, se le escamoteaban las conquistas logradas en los campos de batalla.

Por eso es por lo que nos parece que todos los intentos de mediación, de intervención en la guerra española para lograr el fin de las hostilidades están condenados previamente al fracaso. Y eso es bien fácil de comprender; porque ni ellos estarán dispuestos a conceder y reconocer la victoria diáfana y clara a que el pueblo español tiene derecho, ni el pueblo español está dispuesto a hacer concesiones de las que resulta mermado el caudal triunfal que ha ganado a cos-

ta de su sangre, de sus sacrificios sin cuento, y de su heroísmo sin igual.

Bien que se intente acelerar el fin de las hostilidades. Bien y humano, tanto desde su punto de vista como desde el punto de vista que los que militamos en las filas populares sostenemos. Pero todo lo que sea restar nitidez y rotundidad a la victoria del pueblo, no puede en manera alguna ad-

mitirse. El pueblo español ni lo quiere ni lo toleraría. Y el pueblo español ha de ser el que por encima de todos los diplomáticos y de todos los políticos diga la última palabra.

Si suyos han sido los sacrificios y los dolores, cuyas también han de ser las decisiones, y suya, exclusivamente suya, la Victoria final.

Humanización de la Guerra

He aquí una palabra que suena insistentemente en los medios internacionales y que repercute hasta el fondo de las conciencias de todos los hombres de la España leal: ¡humanización de la guerra en España! Buenos deseos que todos los luchadores de la libertad desean ardientemente que se convierta en el más breve plazo posible en realidad, que nos levante un poco de la condición fiera y dura que ha creado en nosotros todos, en todos los que luchan en los campos desgarrados de Iberia, una psicología enferma de crueldad y de malos deseos.

Palabras hermosas, concepto noble y generoso. Pero que hay que empezar por dirigirse primeramente a quien provocó situaciones anímicas que cerraron el paso a la piedad y hasta a los mínimos sentimientos de humanidad.

Dirigid—hombres del mundo—, esas palabras a quienes con sus actos carentes de sentido y de finalidad, como no fuese la destrucción por la destrucción y el dolor por el dolor, iniciaron una guerra dura y cruel cual no se ha conocido ninguna.

Dirigid esas palabras a los que un día tras otro lanzan obuses y metrallas sobre las casas y calles más céntricas de Madrid, pretendiendo crear una situación de terror que jamás conseguirán, porque el pueblo de Madrid ha sabido templar su ánimo heroico en los sacrificios innúmeros que desde noviembre viene realizando, cada día con más sere-

nidad, con más seguridad en que detrás de su sacrificio y de los cuerpos inertes de sus hijos debería levantarse en un futuro cercano la gloria de la victoria rotunda en esta lucha por la libertad y por la paz.

Dirigid esas palabras a los que durante meses y meses fueron capaces de mantener el sacrificio inútil de unos cientos de mujeres y niños en el santuario de la Virgen de la Cabeza, y que no quisieron ni siquiera escuchar la llamada cordial y emocionada de los emisarios de la Cruz Roja Internacional, que fueron a ofrecerles la seguridad de que a esas mujeres y niños nada les ocurriría y de que las vidas de los mismos sublevados serían respetadas.

Dirigid esas palabras a los que han olvidado que son hombres para convertirse en asesinos de sus hermanos de raza y de pueblo.

Pero no cometáis la injusticia de dirigírselas a los que han soportado todo género de sacrificios y han sido capaces de todos los heroísmos para defender la integridad de sus derechos de hombres y la integridad del suelo de su patria frente a los apetitos inconfesables de los que no supieron hacer honor a su palabra empeñada, y que arrojaron a la desesperación a miles y miles de hijos del pueblo.

Mirad, antes de hablar, dónde falta la humanidad. Y después, después, dirigid vuestras amonestaciones a quienes sean merecedores de ellas.

La Alcarria, tierra de victorias

La tierra arcillosa de la Alcarria está llevando a la causa del pueblo los frutos mejores de las más rotundas victorias. Ella conoce el heroísmo del Ejército que el pueblo supo crear con carne de su carne, con dolor de trance y con esperanzas de vida nueva.

Ella vió cómo entre las nubes y el agua de marzo los soldados de España irrumpían entre las filas de los que cruzaron mares para conquistar tierra española, de la que sólo conquistaron los metros cuadrados necesarios para cubrir sus cuerpos inertes.

Y, bajo el sol de mayo, nuevos pueblos han reído la vuelta de los soldados del pueblo, de los soldados de esa 14 División que está escribiendo con su tesón y con su heroísmo una página brillante de la que será gesta española del siglo XX, argumento de sólidos romances, letra de cantares con alma de copla castiza.

Nuevos pueblos han vuelto a tener en sus casas primeras la protección de los pechos que sentían hondo la Libertad y de los hombres que empuñaban las armas para que en el amanecer humano de la revolución se vuelvan rejas que fecunden la tierra los aceros que marcharon siempre del brazo de la destrucción y de la muerte.

Los hombres de la 14 División saben que sólo allá lejos, sólo tras los montes que les cierran el paisaje que habla la cantinela de Aragón está la liquidación definitiva de los dolores del pueblo. Y hacia allí quieren marchar, y hacia allí caminan sin vacila-

ciones y sin pensar en que las laderas ásperas pueden ser laderas de supremas despedidas. Eso no importa. La despedida tiene sabor amargo cuando detrás se dejan alegrías y se va hacia los dolores. Pero tienen la sonrisa amable de la redención cuando sólo alegría y vida nueva burbujea en las estelas que envuelven caminos pasados.

Y la 14 sabe que detrás dejan cantos de trabajo, aromas de paz. Y allá van, ladera arriba, subiendo hacia la victoria que se ofrece en las cumbres bravas que cierran el horizonte hacia las tierras que hablan cadencias de jota brava.



Un rincón del Hogar del Combatiente, en la ciudad de Cifuentes.
(Fotos Sanz de Ancos)



Cifuentes, no puede disimular su alegría dentro de su sequedad castellana y se llena de luz, al paso de los soldados del pueblo, que marchan jubilosos hacia la segura victoria.

AFÁN DE CULTURA

Los hogares del Soldadado, arma invencible de los pueblos, que todo lo deben a espiritualidad

Con ese afán de superación que los hombres templados en la lucha ponen en sus propias obras, así rivalizan en cada localidad los soldados del pueblo por poner en alto su afán de cultura, guareciéndose gustosos en las horas estériles para el éxito en los salones de lectura de las improvisadas Casas del Soldado, donde el combatiente encuentra el calor íntimo de una asistencia que no creía merecer.

Y sorprende más este anhelo por saber en los momentos en que el peligro cercano pone

un deje de inquietud poco propicia para cultivar el cerebro.

De paso por Cifuentes, hemos asistido a las tareas de organización del Hogar del Combatiente, donde un grupo de jefes entusiastas cuidaban de la instalación rápida de una biblioteca volante y del mejor servicio de unas espléndidas salas de esparcimiento, donde la parte didáctica corría pareja en todas sus manifestaciones con el deseo de gustar de comodidades en las horas de asueto, precursoras de las ofensivas a realizar.



Rápidamente se vá formando la biblioteca del soldado, apenas dominado el pueblo recién conquistado.

Consejos a los combatientes

El hombre que se encuentra en una trinchera no suele tener ganas de trabajar; prefiere estar metido en el barro, bajo un mal abrigo, que molestarse un momento. Durante los bombardeos no sabe dónde meterse.

Considera que su obligación en la trinchera es únicamente impedir que pase el enemigo, si ataca. Como el adversario no ataca todos los días, se acaba por perder el hábito del combate, y se permite al enemigo que establezca tranquilamente sus alambradas y prepare sus abrigos; de esta suerte cuando hay que salir de la trinchera y atacar, se tropieza con obstáculos tremendos, que han de conquistarse a viva fuerza. Pensad siempre que enemigo al que no pongáis fuera de combate vosotros, tal vez os matará el día del asalto.

Lo que debe hacer el hombre en la trinchera.—Conservar la vida.

Hacerse matar o herir en la trinchera por imprudencia o negligencia, es absolutamente necio, puesto que no ha servido para nada. Un hombre no se reemplaza nunca—conviene construirse un buen abrigo para ponerse a cubierto del bombardeo y dormir tranquilo. No cometer las imprudencias que todos conocéis. Vigila a los compañeros desprevenidos, y en particular a los recién incorporados que quieren verlo todo y no conocen las costumbres de las trincheras.

Convertirse en combatientes expertos.

En la vida de trinchera se suelen adquirir hábitos poco conveniente. Se permanece continuamente abrigado, y cuando se circula se hace casi siempre por los caminos cubiertos, de donde resulta que nos desagrada tener que pasar al descubierta por los lugares donde silban las balas.

Hay que templar los nervios para no dejarse impresionar por las balas el día del ataque; a este fin, hacer patrullas y establecer alambradas durante la noche delante de la primera línea.

El hombre debe aprovechar su permanencia en la trinchera para adquirir la destreza que es necesaria y su mejor protección en el combate.

Ejecutar diariamente un ejercicio de puntería sobre los puntos vulnerables de la trinchera enemiga, estudiar el alza de su fusil para las diversas distancias, ejercitarse en encarar rápidamente el arma para prepararse al tiro el día del ataque.

Todos los combatientes han de familiarizarse con el manejo y lanzamiento de los diferentes modelos de granadas de mano e interesarse por las clases de carga explosiva de cada una, así como conocer los lanzabombas, morteros, cohetes, etcétera, y demás aparatos de guerra de trinchera.

Cómo destruir al enemigo valiéndose del fusil.

Pueden transcurrir meses delante de una trinchera enemiga sin ver un solo adversario; es difícil, por consiguiente, causarle daño.

Sin embargo, con habilidad y paciencia se consiguen buenos resultados.

Se comienza por observar la trinchera enemiga y conocer exactamente los puntos en que se podrá herir al adversario durante una aparición de medio segundo.

Lugares en que se encuentra el enemigo.

Aspilleras.—No todas están ocupadas. Las muy visibles sólo sirven para atraer la atención. Muchas veces las aspille-

ras se abren a ras del suelo; en estos casos son muy estrechas para dar paso estrictamente al fusil, y suelen ocultarse con tepes o manojos de arbustos o hierbas.

Para averiguar qué aspilleras están realmente ocupadas es necesario provocar el tiro del enemigo, lo que se consigue elevando una gorra o casco por encima del parapeto, mientras otros compañeros observan la trinchera enemiga, colocados más a la derecha o izquierda.

Abrigos.—Son buenas referencias para sorprender a alguien, pues sus cercanías siempre acusan movimiento de adversarios.

Suelen distinguirse por pequeñas elevaciones del terreno. También se descubren por sacos terreros o chapas de metal que se colocan indebidamente encima. Generalmente, en punto próximo a los abrigos se encuentra una o varias aspilleras.

El humo es una buena señal o indicio de lugares habitados.

Observatorios.—Se descubren por el amontonamiento de sacos terreros y por los periscopios. Aunque estos aparatos sobresalen poco del parapeto y suelen disimularse con hierba o sacos terreros, la observación continuada permite darse cuenta de su aparición.

Durante el fuego de artillería enemigo, o de los morteros y lanzabombas, es cuando suele observarse movimiento extraordinario en los observatorios enemigos.

Ocasiones en que el enemigo sale de los abrigos.

Los días de frío, pero con sol, todo el mundo sale para desentumecer sus ateridos músculos. Las horas de las comidas, si hace buen tiempo, y se conoce porque coinciden con una debilitación del fuego de fusilería.

Cuando se sufre un bombardeo en nuestras trincheras, el enemigo afluye a las suyas para no perder el espectáculo que les divierte.

De noche, el enemigo sale de las trincheras para ejecutar diversos trabajos y recomponer los desperfectos causados en sus defensas o alambradas por nuestra artillería.

Relevos.—Se puede advertir el momento en que éstos se efectúan porque disminuye el fuego de fusilería, se oyen voces y se perciben siluetas en diversos puntos, cuando los caminos cubiertos son impracticables.

Es fácil también advertir los relevos fijándose en el cambio de actitud y de costumbres del enemigo. Repitiendo las observaciones se puede llegar a conclusiones exactas.

Alarmar al enemigo que llega para el relevo es el mejor medio de intimidarle durante su permanencia en la trinchera.

Acechos.—Para observar sobre un punto determinado se acecha por una aspillera de observación, que consiste en un simple agujero abierto en el parapeto con un bastón o en un tubo colocado dentro del parapeto en dirección al punto a observar. Para despojar la trinchera de su aspecto regular se la cubre con tepes o hierba. No conviene mirar continuamente por las aspilleras o escudos que suelen estar acechados por el enemigo.

Para vigilar una parte de la trinchera se observa por una aspillera sesgada en el parapeto o valiéndose de un periscopio. También puede utilizarse para tener una vista de conjunto de las trincheras enemigas, un pedazo de espejo fijo al extremo de un palo plantado en el revés de la trinchera.

Observación con gemelos.—La trinchera enemiga parece

generalmente desierta, pero cuando se la observa con unos gemelos sorprenden los detalles que se descubren. Se ve a muy corta distancia el ojo del vigilante enemigo, que se muestra detrás de la aspillera, o la lumbre casi imperceptible del cigarrillo de un imprudente.

Con los gemelos se registran los puntos que deben ser objeto de acecho, al objeto de que no pase inadvertido ningún movimiento del enemigo y poder disparar contra él un tiro certero e implacable. Para observar por una aspillera de acecho se mira solamente por uno de los oculares de los gemelos.

Organización del tiro.—Es necesario tirar sin peligro sobre los puntos acotados por la observación y sobre los puntos de la trinchera enemiga no acotados.

Para tirar instantáneamente sobre un punto acotado (aspillera, escudo, puesto de observación, etc.), se mantiene continuamente apuntado contra él un fusil cargado sobre un caballete que resista el retroceso (culatazo), sin perder la puntería.

Dos tablas formando garra, una charnela o unión y un piquete o estaca, al que se fija sólidamente el extremo de una de las tablas ligadas por un grueso tornillo, forman el caballete. Entre las garras y el fusil, un pedazo de tela gruesa.

Al lado del caballete una aspillera de acecho. Apenas se ve deslizarse una sombra por dentro de la aspillera enemiga que se está observando se aprieta el dedo que tiene puesto sobre el gatillo y la bala cumplirá su misión en el punto apuntado.

Para tirar contra enemigo que pueda mostrarse en puntos de la trinchera que no están acotados se establecerán aspilleras de madera oblicuas al parapeto para quedar protegido contra los tiros de frente (los más frecuentes). El acechador para estas aspilleras se elegirá entre los más diestros. A cada uno se le asigna el sector de la trinchera enemiga que debe vigilar.

Cómo se obliga al enemigo a descubrirse.—Para poder disparar contra el enemigo, es necesario obligarle a descubrirse, mientras los tiradores situados detrás de las aspilleras están preparados a romper el fuego.

Para esto pueden emplearse varios medios:

Simular un ataque rompiendo un vivo fuego de fusilería, lanzando granadas y profiriendo voces para que el enemigo corra a sus aspilleras.

Mostrar de vez en cuando una gorra o un casco en una aspillera o a ras del suelo: el acechador enemigo dispara, y entonces su aspillera recibirá varios balazos nuestros.

Remover la tierra de los parapetos.

Simulación de incendio por la noche; el enemigo acude a sus aspilleras para verlo.

Ataque de la trinchera.—En caso de ataque, cada hombre debe ocupar rápidamente su puesto de combate. Cuando el ataque va precedido por un violento bombardeo, a veces no existe un puesto señalado, porque la trinchera no es más que un conjunto de montones de tierra y embudos. Entonces hay que abrigarse como se pueda, porque para batirse no es necesario una sólida trinchera.

Ocurre en ocasiones que el enemigo ha conseguido invadir la trinchera propia y rebasarla antes que los defensores salgan de sus abrigos. Ni aun en este caso debe creerse que está todo perdido; se le desaloja arrojando bombas de mano alrededor de los abrigos y fusilándolos por la espalda. Muchas veces operando de esta manera se ha convertido en brillante victoria lo que tenía el aspecto de catastrófica derrota.

EL CONDOR ROJINEGRO

Los héroes de la 14 Brigada

Aguiluchos de la 14 Brigada, salidos de las filas proletarias de la C. N. T., cóndores de la F. A. I., que os formasteis en una vida de persecuciones bajo todos los climas para ser el rodillo de todas las tiranías, igual en esa América balbuceante que en esa Europa en decadencia; héroes, hermanos de los que escribieron esa página iniciada con esa fecha impar, con esa fecha sin precedentes en la Historia que se llama el 19 de julio barcelonés; legiones auténticas, superiores a las macedónicas falanges aquéllas con las que Alejandro conquistara todo el mundo conocido, llevándolas hasta la puerta de la India misteriosa y lejana: ¡Salud!

Vosotros también lleváis vuestras gestas hasta el último rincón de la tierra, que os contempla y admira emocionada, porque sabe que no sois conquistadores, sino liberadores; porque sabe que vuestros fusiles no son las vanguardias victoriosas creadoras de nuevas tiranías, sino la mano férrea, la mano de hierro que las destruye, para liberar al hombre de su milenaria servidumbre; porque sois los nuevos Espartacos que dan su lección de libertad al mundo.

A esto se debe el que las flechas negras hayan visto rotas sus alas ante vuestro poderoso y arrollador empuje, y que huyan buscando la salvación en la fuga ante vosotros, que váis a arrancar el triunfo mirando a la muerte frente a frente como el águila mira al sol soberano.

Así habéis escrito esas efemérides cargadas de gloria, esas fechas prologadas tan maravillosamente en las Ramblas barcelonesas por aquellos hermanos nuestros de la meca anárquico-confederal; de esa Barcelona, hermana por la grandeza de su destino, del mítico fatalismo de las ciudades antiguas, ya que sólo en esta poesía primera que hizo soñar en un mundo mejor a los hombres, se pueden encontrar hechos tan extraordinarios como los que vosotros escribís todos los días en esta guerra donde estáis haciendo morder el polvo de las más terribles derrotas al ejército traidor y a esos colosales mastodontes italo-alemanes, que se deshacen ante vuestras manos como grumos de arena.

Ante vuestro empuje, ese condottiero no es otra cosa que un cómico de tercera fila estropeando la facha al primogénito de la jupiterna gloria olímpica: Marte.

Por eso, compañeros confederales, epígonos libertarios de la sociedad del mañana, arrolláis a esos modernos lanzagranadas nazis que pagan la alcabala de sus vidas a vuestro heroísmo, a ese vuestro heroísmo que destroza sus divisiones y aniquila, como un ciclón salvador, a los que pensaron, porque no os conocían, llevar el hierro de sus cadenas a esta Iberia eterna, a este baluarte de la libertad y de la dignidad humanas, por vosotros, hermanos confederales, tan bravamente defendidas.

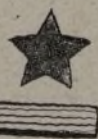
Ignoraban esos hatos de infrahombres que esta España indomada tiene hijos como vosotros, compañeros de la 14 Brigada, falange formidable de esa 14 División que simboliza nuestro Mera, el hermano que nos recuerda a nuestro Viriato ibérico: a Durruti.

Porque ignoraban vuestro empuje, vinieron a esta tierra sagrada de las libertades a poner su retablo grotesco con todo el aparato circense de sus secciones motorizadas, salvadoras de obstáculos en paradas sobre el asfalto de las ciudades y en los campos de maniobras, sin enemigo enfrente; y se encontraron con vosotros, gloriosos hijos de este pueblo impar; con vosotros, que lleváis en el cañón de vuestros fusiles esa mascota rojinegra: la de la victoria constantemente renovada.

¡Adelante, nuestros bravos hombres, esos aguiluchos de la 14 Brigada! ¡Adelante, esas crías de los cóndores de la F. A. I.!

MARIANO ALDAVE.

Por la transcripción, Un



Ayuntamiento de Madrid

POR LO QUE LUCHAMOS



La lección al aire libre, sabe a cuento de hadas...



Hombre, respetad a los niños y mirad en sus juegos...

Ese niño, que busca las flores para que hasta el fondo de su alma pura penetre el aroma de la vida, es el símbolo sobre el cual los luchadores que hoy derraman su sangre en los campos desgarrados de Espa-

Sol y blanco. Luz y aroma de juventud. Claridad de vida que...
ña aspiran a levantar la vida futura de sus hijos.

Esa sinfonía de sol y blanco debe ser la que sirva para que

las nuevas generaciones edifiquen sus construcciones espirituales limpias de odios y de dolor, abiertas a la vida sonriente que se está fraguando a costa de tantos sacrificios para que nunca jamás las nu-



Para que esa fila de pequeños, no se conviertan jamás, en filas de soldados, que marchen hacia la muerte, es por lo que mueren tranquilos nuestros héroes.



El gracioso Tonino, alegra a sus compañeros, con una parodia cómica...



Pongamos en la lucha el tesón más heroico, para que estos pequeños, hombres del mañana, encuentren a su paso, una vida más humana, más comprensiva, más feliz. (Fotos Sanz de Añcos).

Ayuntamiento de Madrid

bes negras de la miseria se ciernan sobre las tierras españolas; para que en todo el ámbito de Iberia los hombres miren a los hombres como hermanos; hermanos que, juntos en el trabajo de cada día, sientan en sus frentes las gotas del sudor que redime a los pueblos, pero que sus ojos no contemplen en ningún momento los símbolos huraños y duros de la crueldad y del rencor.

Esas carnes tiernas, que juntan su calor a la frescura verde del césped cuidado, tienen que ser nuestro mejor estímulo, tienen que valer más que todos los discursos encendidos, que todas las pasiones hondas, para que nos lancemos decididos, enérgicos, por el camino de sacrificio y de dolor que la guerra nos impone.

Pensad, ¡compañeros de todos los frentes, camaradas de todos los pueblos!, que en esas cabezas redondas está el porvenir de España, está el futuro de todos los hombres que han vivido eternamente dolientes, constantemente temerosos de la injusticia sin alma, constantemente escarnecidos en sus más nobles sentimientos de vida clara. Pensad que vuestro heroísmo está bien pagado si vuestros hijos pueden *saber* — gloriosamente tranquilos — del retozo libre, a pleno sol, envueltos en el cariño de sus maestros. Cariño que habrá dejado para siempre de ser hosco, para convertirse en cariño vestido de blanco, vestido del mismo color con que los chiquillos visten.

Hombres, respetad a los niños. Y mirad en sus juegos, en sus carnes tiernas el premio a todos vuestros sacrificios, el galardón mejor de vuestra victoria.

Para que esas filas de niños no se conviertan jamás en filas de soldados que marchen hacia la muerte, es por lo que hoy mueren tranquilos y serenos los hombres de España. Para que esas filas de niños vayan únicamente hacia sus juegos y hacia su alegría, es por lo que sobre los surcos de España rechina ardiente la metralla.

Hombres, poned en la lucha el tesón más heroico para que vuestros hijos, vuestros nietos y los nietos de vuestros nietos sólo vean de la vida el blanco y el sol; para que las tinieblas y el negro desaparezcan para siempre de los ámbitos de España, de los confines del mundo.

Extracto de la Conferencia dada por nuestro compañero Alberto Carsi, ante el micrófono de C. N. T.-F. A. I.

Comentario a la historia de un microbio

Todo el mundo habla de microbios, de contaminaciones, de enfermedades, de epidemias y de endemias con una seguridad y precisión, como si la bacteriología fuese una ciencia aritmética más.

La gente, por regla general, trata todas las cosas desde el punto de vista humano, sin tener en cuenta que existen, conviviendo con el hombre, otros mundos: El mundo astronómico, por ejemplo, en que los astros, faltos de voluntad, obedecen ciegamente las leyes cósmicas. Otros mundos como el de las plantas y animales terrestres; el mundo marítimo, mundo de los insectos, etc., etc. Y el mundo microscópico o de los microbios, en el cual nos vamos a internar hoy, en esta charla, siguiendo las vicisitudes de la vida de un microbio.

He de lamentar aquí que haya tan poco escrito, de una manera popular, sobre este asunto, con lo que, las gentes, estamos privadas del bien que estos conocimientos nos proporcionarían, dándonos medios para apartarnos de los peligros.

Quizás se diga que mi tema de hoy no está en relación con los de «reconstrucción económica» que vengo desarrollando. Pero no tendrá razón quien así piense, pues si es tema de «reconstrucción económica» encontrar minerales, aguas, aumentar los árboles y demás materias primas para la vida de la humanidad, ¿cómo no ha de ser tema de reconstrucción ahorrar seres humanos, que es como adquirirlos, fabricarlos, construirlos?

Acordamos, pues, que la vida de los microbios nos interesa por lo que significa en la

economía social y humana; es decir, en la reconstrucción económica del país.

Pues bien, de lo poco que sobre 'popularización microbiana; digo mal y rectifico; de popularización de conocimientos sobre los microbios, se ha escrito, poseo un libro del doctor español Silverio Domínguez, que vivió su vida profesional en Chile, cuyo libro es una preciosidad, de una utilidad innegable.

Se titula «Inverosimilitudes bacteriológicas», y estudia la vida de los microbios con una gracia literal especial, que proyecta una luz admirable sobre este arduo problema.

No es posible leerlos todo el libro, si bien os gustaría mucho, solamente os recitaré el resumen de una de sus partes que he escrito para el día de hoy.

Dice así este resumen:

Historia de un microbio Habla el microbio

El relato de mi existencia ya larga y gloriosa quizás no os asombre mucho. Más os sorprenderá que haya podido escribirla o al menos dictarla; lo que os maravillará es el análisis de mis pensamientos, el conjunto de mis observaciones, mis esperanzas, mis ambiciones. Yo no soy un microbio ordinario: reconoced en mí el bacilo «d'élite», ilustre entre mis congéneres, autor de una gran obra. He hecho mucho ya, pero pienso hacer más. Mientras la vida informe mi casi invisible cuerpecillo, proseguiré mi tarea, ayudado de la imbecilidad humana; y mientras un nuevo Pasteur no descubra el medio de destruir nuestra raza potente y próspera, la memoria de mi grandeza y genio se perpetuará en la gratitud de mis descendientes.

He tratado mucho tiempo a los hombres, habiéndome alimentado de su substancia, cobijado en el fondo de sus pulmones o de su cerebro.

Nací en el laboratorio de un sabio, dentro de un vaso de cristal lleno de un líquido que se llamaba caldo de cultivo, y allí se deslizaron los días de mi infancia. La antisepsia era la monomanía de mi docto personaje; constituía el objeto de todas sus investigaciones y el tema de todos sus discursos. Como conocí el peligro aprendí a temerlo y evitarlo: se trataba de matarnos a todos, de suprimir el mundo de los esporos tuberculosos, y al punto comprendí que entre nuestra especie y la especie humana se establecía un duelo a muerte, que acabaría solamente con la desaparición de unos u otros.

Resolví buscar un refugio menos peligroso, cuando mi educación fué perfecta, es decir, cuando hube adquirido el pleno conocimiento de las armas empleadas por el enemigo para lograr nuestro exterminio. Aprrovechando el rápido momento en que el frasco donde me hallaba encerrado se vió privado del tapón, salté de mi prisión con alegría, y me encaramé por la mano y brazo de un practicante hasta llegar al cálido y mullido aposento de su boca, y aquella noche dormí como un bendito en la aromática hendidura de un diente careado.

Multipliqué mi imperio sobre aquel hombre, difundiendo en todo su organismo las miriadas de mis descendientes, y los médicos lo enviaron a su país natal, para que se curase, decían; que se muriese pensaban. Cuando llegamos tuve el inefable consuelo de comprobar que entraba en una comarca virgen de la do-

minación tuberculosa, donde éramos ignorados, donde nadie nos temía, al país pobre, pero sano: la lucha iba a ser breve, la victoria segura. El aire puro y salino del mar me sirvió de terrible adversario, y mermó considerablemente nuestras filas; pero con mi fecundidad prodigiosa rellené pronto aquellos huecos y esperé en la colaboración del hombre, cuya imbecilidad constituye nuestro más seguro aliado.

Todo el mundo sabe cuánto nos gustan a nosotros las vacas. Pronto nos apoderamos de ellas, descendimos a las vasijas de la leche y menudas fiestas acuáticas celebrábamos sobre su blanca superficie hasta que éramos trasegados a los estómagos de los incautos bebedores.

Algunos compañeros nuestros se agazapaban en los fondos de tazas y herradas y eran lanzados en arroyos y fuentes, donde después se lavaban ropas y vestidos, entre cuyo tejido y mallas buscaban un refugio los intrépidos nadadores, cobrando luego nueva vida y bríos al calor de la exhalación cutánea de los cuerpos humanos.

Los apretones de manos, los besos de cariño, el contacto continuo con múltiples y variados objetos, eran para nosotros maravillosos medios de comunicación y desarrollo, y nuestro imperio se dilataba más de día en día.

Nuestras víctimas tosían, escupían, y nos extendían por doquiera; cuando salíamos de una casa, siempre dejábamos detrás de nosotros, sobre el polvillo del pavimento, un poco de saliva mortal. Mis hijos anidaban allí; en seguida se

remontaban del suelo innumerables e invisibles, y, atraídos por los alientos, corrían a instalarse presurosos en el fondo de los pulmones.

Tuve la suerte de introducirme dentro de algunos vendedores de viandas, y así envenené sus almacenes; en sus esputos me difundían por la atmósfera, y yo sentaba mis reales en carnes, vinos y pan. Las multitudes venían allí en montón a comprar la muerte bajo el dorado aspecto de la vida.

Los jóvenes en un beso, me ofrecían a los viejos; los viejos me transmitían a los niños. Invadí los cabellos sucios, las barbas mal peinadas, las sábanas amarillentas, los lechos mal ventilados. En los vasos de cristal pasaba de mano en mano y de boca en boca. Las cabras y ovejas me absorbían en el abrevadero, y yo flotaba sobre la viscosa leche y trepaba por la sabrosa manteca.

Los alcohólicos, idiotas, sucios y neurasténicos, desfilaron ante mí, y yo tomaba posesión de ellos: sus progenitores me habían dado derecho indiscutible sobre ellos.

Todo el ejército de harapientos, mal nutridos y anémicos, caía bajo mis garras.

En la casa que penetraba la dejaba vacía. El cariño, la sordidez o la economía atraían siempre alguno a descansar en el mismo lecho, caliente aún por su último ocupante. Aunque quisiera descansar no me dejaban: era preciso que matara sin parar. La humanidad necia se empeña en que la destruya; lo ordena y lo exige; parece atacada de la manía del suicidio.

¿Suicidio inconsciente?...
¿Suicidio por ignorancia? No; suicidio por rutina y por dejadez. Cuando alguien les señala el peligro, cuando la experiencia se lo demuestra, cuando la fosa les grita y amonesta, se encogen de hombros, sonríen con desprecio, y vuelven a comenzar. Os confieso que me quieren, que les

soy necesario: dentro de poco la tierra entera será mía.

Esta es la historia; el comentario cualquiera puede hacerlo habiendo visto ese mundo de los seres microscópicos por la rendija que nos ha abierto la explicación del microbio.

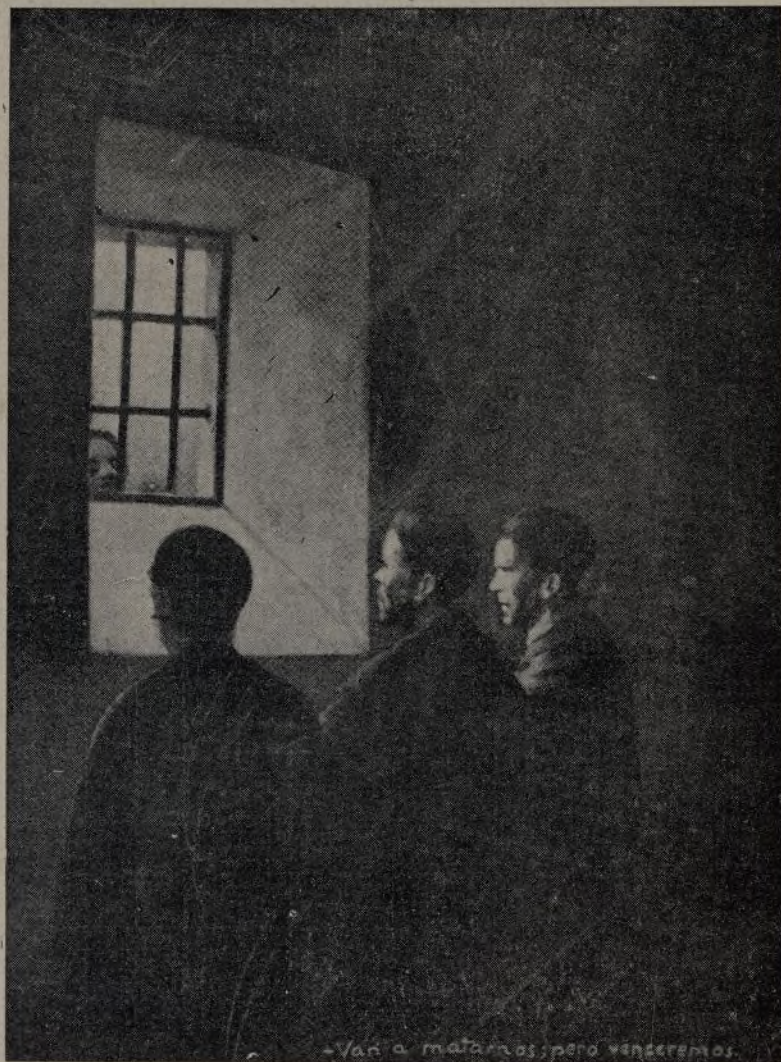
La indiferencia, la falta de respeto a la Ciencia, la ten-

dencia al fatalismo, son los tres puntales de muchos tropezos de la vida.

Limpiarse e instruirse son los lemas de la civilización: es decir, cultivar el cuerpo y cultivar el alma bajo un prisma de ciencia y de arte, es lo mejor y más bello de la vida.

Alberto CARSI.

“Van a matarnos; pero venceremos”



La crueldad enemiga, que no tiene ojos para ver, ni corazón para sentir, se muestra inflexible a toda hora, amontonando sobre su conciencia atrofiada nuevos cuadros de horror, que superan su propio refinamiento morboso.

Esta insensible perversidad, que no encuentra oasis, en el desierto de sus malas pasiones, ha arrancado del espíritu siempre selecto a todas las bellas sensaciones de Castelar, esta silueta trágica, que condensa el martirio de nuestros hermanos, al caer bajo la férula fascista. Y sin querer ha hecho exclamar a estos símbolos vivos del triunfo: «Van a matarnos; pero venceremos».

Rúbrica genial, del artista que siempre matizó sus creaciones con las sombras claras de su corazón torturado, por su gran amor a la Humanidad.

«Van a matarnos; pero venceremos». Afirmación rotunda, que más tiene de grito guerrero de victoria, que de plegaria sumisa de vencimiento.



UNA LABOR TITANICA

La Sanidad Militar de la 14 División

Eje firme y seguro de la victoria

Desparramadas por los senderos del éxito, van las fuerzas que acaudilla Mera. Avanzan, con la mirada puesta en el sol que dora las cumbres; picachos que pronto han de estar esclavizados a sus plantas. En el valle quedan libres del hierro opresor los pueblos, que sucesivamente, en una operación feliz por todos conceptos, han sido conquistados últimamente. Nombres sonoros que llevan consigo el eco de la victoria. Se hace alto en Las Inviernas, para paladar el triunfo conseguido. Un descanso breve, metódico, previsto por el mando, para continuar de nuevo el avance decisivo.

En los planos del Estado Mayor, unas flechas indicadoras, saltan gozosas de un punto a otro, movidas por una mano genial, que sabe de todas las estrategias. Mano, que lo mismo pudo templar su tizona en Flandes, que escribir un madrigal en Versalles, que repentizar sobre la tabla de ajedrez, una jugada imprevista, que culminar una arriesgadísima y certera operación, en la que el triunfo militar puede ir descontado.

Al unísono, con este avance seguro, en el que las fuerzas de la 14 División, bisoñas en empresas arriesgadas, han puesto a prueba el heroísmo que culminara en la rota italiana de Brihuega, operan los equipos de Sanidad.

En vanguardia, a dos pasos de las fuerzas de choque, divididos en dos flancos, los equipos sanitarios admirablemente dispuestos, nuncios de vida en la hora en que

está más cerca la Muerte, desenvuelven su actividad organizada, con una puntualidad cronométrica. Su éxito, en esta operación sin precedentes, no tiene par.

Calmado el fragor de la batalla y hecho el balance de la jornada, los plácemes y los elogios del Alto Mando se enfilan certeramente hacia estos hombres abnegados, en cuya callada labor está el platillo del éxito en la balanza de la victoria.

Maravilla la rapidez, la coordinación perfecta de los servicios médicos.

Los efectos se dejan fácilmente sentir. Todavía no han iniciado las fuerzas combatientes el descanso, cuando los que quedaron fuera de combate, asistidos convenientemente, según la importancia de sus heridas, aparecen ya curados y atendidos, lejos del campo donde se jugaron la vida, gustando del reposo necesario a sus dolencias. Ni en tiempo normal pudiera darse una precisión más matemática.

La estela de estas realidades llega a nosotros, pasado el peligro, con la voz unánime de los soldados, enardecidos ante esta garantía ejemplar. Intentamos ampliar tan autorizadas referencias. La ocasión se nos presenta fácil. Aprovechémosla.

Una breve charla con el compañero Díaz Calvo.

El verdadero artífice de esta victoria sanitaria, por su preparación técnica nos dice un caracterizado jefe de la 14 División, es el doctor Luis Díaz Calvo. A su dinamismo, a su labor conjunta con todos sus compañeros,

se debe en gran parte el éxito observado en las operaciones de ayer. Aquí lo tienes. El, mejor que nadie, te podrá informar...



El doctor Luis Díaz Calvo, artífice verdadero de la admirable organización Sanitaria de la 14 División

—¿Estás satisfecho de la forma en que ha actuado el personal de Sanidad en el avance de nuestros soldados en la jornada última?

—Baste decirte que ha sido una prueba de conjunto, de resultados definitivos. La evacuación del reducido número de bajas que afortunadamente registramos, fue algo preciso. Las operaciones marcadas terminaron a las once de la noche, y antes de la una de la madrugada tenía en mi poder el ingreso de los heridos, después de

realizadas sus respectivas curas, en los distintos hospitales a que correspondían la importancia de las heridas.

—¿Puedes aportarme algunos datos del tecnicismo empleado?

—El dato único y esencial que puedo facilitarte es que todo el engranaje sanitario ha respondido como siempre, y esta vez mejor si cabe que nunca por la envergadura de la operación en conjunto, a todas las esperanzas. Los dos equipos sanitarios de vanguardia, uno por el flanco izquierdo y otro por el derecho, en perfecta colaboración con el mando, dieron un rendimiento definitivo. Realizadas por el personal sanitario de choque, la recogida y cura preventiva de los heridos, éstos inmediatamente pasaron a los equipos de urgencia, donde se les practica la primera cura; con el herido marcha su tarjeta de identificación, verdadero alarde técnico que se le debe a la experiencia y autoridad del doctor Segovia, modelo que supera a las tarjetas de heridos empleadas en la Gran Guerra, en la que se detalla la clase y situación de la herida. De esta manera, al ser evacuado urgentemente al Hospital cercano, se simplifica grandemente la comprobación de la cura efectuada, ya que le sirve a los médicos de referencia y punto de mira exacto para proceder en consecuencia. De otro lado, la tarjeta sirve en caso de aglomeración para preferir al herido más grave, sin perder minuto en un interrogatorio, que retrasa y evita la selección rápida.

Después de ser asistido



El teniente coronel Jacinto Segovia, cirujano y operador sin par, posa ante nuestro fotógrafo, en unión de sus colaboradores, en la magna obra sanitaria que viene realizando al frente de la Brigada 72

llevada en palmas por la leyenda taurina. Médico de los toreros, quienes siempre tuvieron en don Jacinto la garantía más absoluta de su éxito—su maletín profesional más parecía caja aseguradora de la vida de los lidiadores—, su fama andaba en letrillas y romances como la misma fama de los ídolos de trapo, que era traída y llevada de acá para allá, con ese intuitivo impulso de la masa amorfa, que veía en el toreo la válvula de escape donde cifrar su instinto revolucionario.

Recordamos que la última vez que cruzamos nuestra palabra con él, curaba una grave herida de vientre a un torero destacado. En el instante mismo en que la ciencia puesta en sus manos jugaba al azar con la vida del torerillo, un allegado, que

convenientemente se le trasladada al Hospital Divisionario o se le deja, en caso de gravedad, en los Hospitales de tránsito. Te agradecería ver de cerca el funcionamiento de los equipos y la instalación de los Hospitales de Durón y la Isabela.

—¿Quién está al frente de ambos equipos?

—Del primero, el doctor Segovia, y del segundo el doctor Chacón.

—Dos eminencias como cirujanos.

—Evidentemente. Hablarle de la labor realizada por ellos sería abusar de la hipóbole.

—¿Contáis con material suficiente sanitario?

—Una ligera visita por tu parte te dará idea de la esplendidez con que tenemos montados todos los servicios dentro de las características especiales de la guerra. Pero si faltara, la misma rapidez con que se realizan las evacuaciones escalonadas suplirían cualquier deficiencia, que en esta ocasión como en otras anteriores no se han registrado. El heroísmo desplegado por todos los sanitarios, sin hacer excepción al-

guna sea cual fuere su categoría, es algo que no se puede cumplidamente ensalzar. El Ejército del pueblo puede estar satisfecho de la labor que en este sentido se ha realizado. Y conste que te hablo como testigo de mayor excepción, no como coartípe de esta magna obra.

El doctor Díaz Calvo, con la vehemencia que le presta su temple de luchador joven, nos sigue hablando con todo lujo de detalles de interesantes aspectos de la organización sanitaria, que no son del caso dar a la publicidad, pero que a las claras pone de relieve el maravilloso ejemplo de superación que se ha llevado a cabo en la 14 División, bajo la égida de Cipriano Mera.

El Teniente Coronel Jacinto Segovia.

No veíamos al doctor Segovia, desde los tiempos en que su popularidad, desviada de su verdadero renombre como singular cirujano, era

En este instante llega a manos del doctor Segovia un herido, evacuado del frente, hace unos solos minutos...



presenciaba la delicada operación, iba maquinalmente colocando medallas y revoltillos clericales en lugar próximo a la cama de operaciones, a la par que interrogaba vehementemente e inoportunamente:

—Don Jacinto, don Jacinto. ¿Usted cree que se salvará?

—Si retira usted de ahí todas esas monsergas, seguramente sí, arguyó secamente el magnífico cirujano.

De entonces a la fecha, no volvimos a tropezarnos. Hoy estamos ante el Teniente Coronel Jacinto Segovia, afecto a la 14 División.

Su espíritu liberal de siempre se abre a todos los vientos a pleno pulmón en este elevado mirador de la Alcarria, donde regentea el primer equipo de urgencia, al estribo de las primeras líneas de fuego.

Embutido en su traje campero, libre de toda insignia, que no sea un minúsculo sello de la C. N. T., a las puertas de este alegre Hospital —y no se vea en ello paradoja alguna— que tiene todo el ambiente de un espléndido caserío andaluz lleno de flo-



Una ambulancia sanitaria del magnífico servicio de la 70 Brigada Mixta de Sanidad Militar

res, más parece que espera a unos amigos para salir de cacería, que la llegada de los heridos evacuados minutos antes de la línea de vanguardia.

—¿Qué nos dice usted don Jacinto?

—Aquí nos tiene, encantados de cumplir escrupulosamente con nuestra obligación de español. Sirviendo modestamente a la causa de todos.

—¿Lleva mucho tiempo de campaña?

—Desde que comenzó la

sublevación, que tanta sangre joven y buena está costando. Aparte de una misión especial de índole sanitaria que me llevó unos días al extranjero, todos los días los he dedicado a mi servicio de guerra. He actuado en varios frentes, y últimamente aquí desde que comenzó la contraofensiva por este sector. Y qué me dicen ustedes, que estarán más enterado que yo, ¿tendremos hoy operaciones?

El Inspector de Sanidad José Otondo Bravo, ejem-

plar confederado, a quien la causa de la revolución nunca le sabrá pagar cuanto ha hecho por ella, que nos acompaña en nuestra visita, informa al Teniente Coronel Segovia de las noticias militares que le faltan en su aislamiento forzoso.

En el diálogo Segovia se exalta, con esa cortesía tan suya, cada vez que el nombre de facción sale a flor de labios. Y con un optimismo confortador encauza la charla, seguro de la victoria final, con esa seguridad propia del que supo triunfar en la vida por méritos propios.

Nunca pudo perderse una causa noble, repite como estribillo alentador.

Y al hablar de los últimos éxitos de los que ha sido testigo en este sector, pone todo el fuego de su entusiasmo al servicio de la verdad y de la justicia.

—Quisiéramos que nos dijera usted algo de la marcha orgánica de este Hospital de guerra...

—Mejor que yo os podrán decir algo de interés los heridos que aún están aquí hospitalizados en espera que su estado les permita evacuarse al Divisionario. Y, uniendo la acción a la palabra, nos lleva a la sala admirablemente soleada, donde una media docena de soldados convalecen de las recientes operaciones quirúrgicas.

Todos nos hablan casi a la vez y con el mismo calor de las excelencias del médico que les cupo en suerte. Y entre el relato minucioso de la acción en que recibieran su bautismo de sangre, deslizan siempre con admiración el nombre de Segovia...

El aviso característico de una ambulancia pone en conmoción a todo el personal. Antes de que el nuevo huésped llegue a manos de don Jacinto, un sanitario le entrega a éste la ficha médica del herido que llega.

El doctor Segovia consulta rápidamente con la vista. «Herida de muslo. Con ori-



El compañero doctor Otondo, con el grupo de médicos que dirigen el hospital de Durón, uno de los engranajes de la red sanitaria de la 14 División



El soldado Juan Ortega, verdadero caso clínico, que ha sido operado de una gravísima herida de vientre y a la semana, pasea por las calles de Durón

ficio de salida.» No han dejado su preciada carga en la cama dispuesta, los sanitarios de turno, cuando ya el director de la casa, enfundado en su bata blanca, se dispone a actuar, por si fuera preciso una nueva intervención.

—Esto está admirablemente, muchacho. Cuestión de una semana. Una herida con muy buen aspecto.

Dejamos al Teniente Coronel Segovia en el cumplimiento de su deber. La obligación nos reclama imperativamente en otro lugar de nuestra visita. Vamos hacia Durón.

—Verás qué instalación más perfecta—nos dice gozoso el compañero Otondo—seguro del éxito de la obra confederal.

Silencio elocuente. El pueblo, lleno de luz, parece vivir sobrecogido por la tristeza ajena, que llega calladito, en brazo de unos hombres que hacen de la heroicidad un culto. Desde que se instaló el hospital de guerra—que día por día va extendiendo su acción, hasta ocupar todas las casas vacías del lugar—, todos los vecinos parece comprometidos a guardar un silencio leve, que tan bien le va a los convalecientes.

Los médicos, con su director a la cabeza, trabajan denodadamente. Una simple

ojeada por los edificios destinados a hospitales, da una clara idea de la improba labor realizada. Improvisado todo, con un claro sentido de organización, maravilla la esplendidez de las dotaciones, el cuido de sus distintas secciones, el orden que preside todo cuanto se relaciona con la Sanidad. Pero un orden lleno de esplendores fraternas, que conmueve y esperanza.

El fervor juvenil de estos maestros de la Cirugía, que no otra cosa es el grupo de médicos encargados de los servicios del hospital de Durón, domina y subyuga, dándole a la obra humanitaria una tonalidad de irreprimible simpatía.

Con Otondo, con José Hombrados, que en su diminuta expresión abarca las más grandes dotes de organizador—recorremos las distintas salas del establecimiento. Todos son plácemes y enhorabuenas.

La admirable precisión con que el equipo actuó en las últimas brillantísimas operaciones, rebosa todos los entusiasmos. El fruto maduro de una coordinación de esfuerzos y de incontables vigili-
Enfiladas, a las puertas del Hospital de la 70 Briga-

da, los coches sanitarios esperan la primer orden de salida. Todo está a punto. Una absoluta previsión lo invade todo, como si a cada minuto se obligase a una maniobra general.

Seguramente, de ser conocida la labor de Sanidad realizada por estos magos de la disciplina y de la organización en todo su alcance, causarían la maravilla de todos cuantos viven alejados de estas graves preocupaciones de la guerra. Sólo así se comprende que pueda ser efectivo el gesto del pueblo al resistir epopeyocamente el peligro de su independencia.

El soldado que nació en Durón.

—Lo que tú oyes. No se le conoce por otro nombre. El soldado que nació en Durón. Te lo vamos a presentar.

Apoyado ligeramente en un grueso bastón, que maneja como un junco, sube la empinada calle en que desembocamos, con gesto de hombre que ha vuelto a encontrar la vida que se le escapaba de entre las manos.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Ortega.

—¿Inglés?

—Del Puerto de Santa

María, por la gloria de mi mare.

—Y es verdad que has estado en tanto peligro...

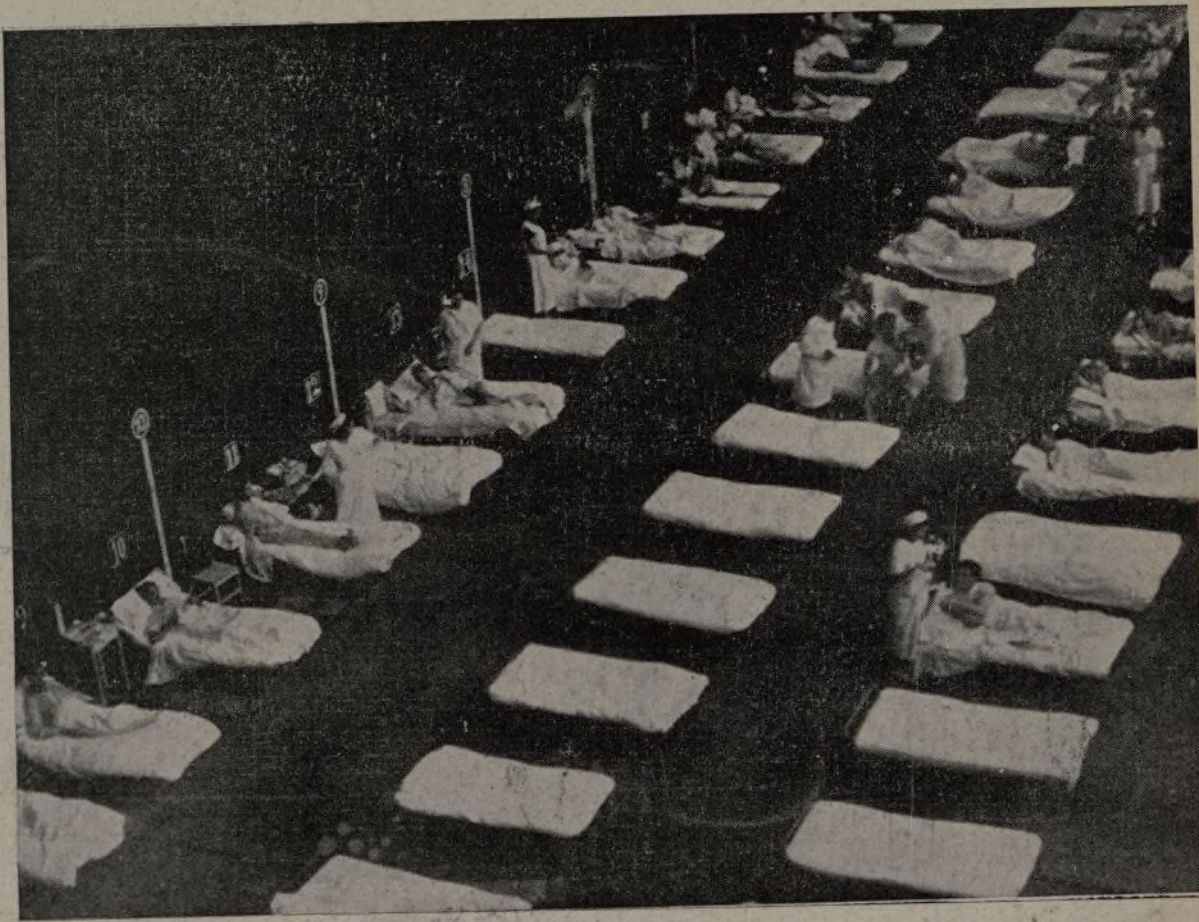
—Hace con hoy nueve días que llegué aquí der frente, a este Hospitá, que es una bendición de güeno, con dos balazos de vientre, con más perforaciones que un aserico. Y ná. Me cogieron los médicos de la 70, y aquí me tienes recorriendo er pueblo de punta a punta antes de los diez días, como si me hubieran nombrao cartero.

—¿Y ahora qué?

—A irme de seguía ar frente, pa en cuanto acabemos con esto hacirme torero. Después de esta corná, ¿quién le teme a la muerte?

Y allá se fué el amigo Ortega, calle arriba otra vez, como chiquillo que ha encontrado de nuevo el juguete que creyó perdido.

Sublime trayectoria. Desde el equipo de socorro, al borde de la línea de fuego, hasta este hospital de Madrid, moderno y suntuoso, cuánta labor anónima desparamada con rumbo sin igual. Y cuánto esfuerzo, y cuánto sacrificio, ofrendado, callada y silenciosamente...



El hospital moderno y completo de Madrid, es el brillante colofon, de esta sucesión de esfuerzos y callados sacrificios. (Fotos Sanz Anco).

De descanso en el pueblo



El lugar reconquistado, adquiere inmediatamente la fisonomía propia de la victoria. Los cachorros de la 14 División se aprovisionan de víveres.



Carne succulenta, ensalada bien aliñada, salpicada del rico mosto, que los fascistas dejaron en su huida...



Y en franca camaradería se entona el cuerpo, ya que el espíritu rebosa de entusiasmo, a la vista del magnífico avance victorioso, por los nuevos pueblos de la Alcarria y un optimismo sano, preside la improvisada mesa. (Fotos Sanz Ancos).

IMP. de MILICIAS CONFEDERALES //